

## Francisco Tomás y Valiente: una evocación prospectiva

Por ANTONIO ENRIQUE PÉREZ LUÑO

Catedrático de Filosofía del Derecho  
Universidad de Sevilla

Recibo la noticia, inesperada y terrible, en el umbral del aula donde acabo de concluir la clase de las once. Dos alumnos, delegados de otro grupo, me lo comunican. Casi incrédulo, confiando de que se trate de un siniestro equívoco, intento luego recogerme para calmar mi indignación y el sentimiento de dolor que la ausencia definitiva de Francisco Tomás y Valiente me produce. De inmediato, los apremios de la cotidianeidad, que sigue su curso, interrumpen la consternación intemporal en que se ha sumido mi ánimo; los delegados, que me consta lamentan sincera y profundamente el magnicidio, desean saber, no obstante, si la tragedia va a modificar la fecha del examen parcial convocado...

Cavilo obsesivamente en la identidad del marco en el que se ha perpetrado ese infame asesinato y en el que yo lo he conocido. Es un recinto cargado de emociones para Tomás y Valiente y para mí: la Universidad. El augusto y secular recinto dedicado al cultivo del conocimiento que postula y exige un clima de libertad en el pensar y tolerancia en el sentir; un ámbito que parece incitarnos a profesores y alumnos a proseguir. Morir es detenerse y nada más lejos de la actitud universitaria.

El estilo necrológico es un culto que tiene, en el seno de nuestra cultura, sacerdotes y devotos consumados. Se trata, en todo caso, de un culto legítimo y necesario que, tras el asesinato de Tomás y Valiente, se ha expresado a través de voces plurales y autorizadas. Ellas han contribuido a ordenar, en síntesis urgente, la vasta complejidad intelectual y cívica

que ha dejado de latir entre nosotros. Porque es necesario que todos sepamos medir la magnitud de este derrumbamiento, el peso exacto de esa vida ignominiosamente truncada, la hondura del hueco que abre en nuestro convivir.

A estas primeras valoraciones seguirán –deuda insoslayable– análisis más demorados tendentes a explorar, en sus múltiples facetas, el legado intelectual del profesor Francisco Tomás y Valiente. Pero es condición común de los estudios necrológicos el avanzar un balance retrospectivo, que tiende a establecer qué es lo que ha significado para nosotros la figura del desaparecido. A la inversa, yo propondría una evocación prospectiva de Francisco Tomás y Valiente. Una evocación que se preguntase qué podemos significar nosotros para su ejemplo y trayectoria; en otros términos, hasta qué punto seremos capaces de prolongar sus enseñanzas. Es evidente que, como toda vida y obra rica y múltiple, la de Tomás y Valiente es susceptible de prolongaciones infinitas. La que aquí propongo, con la brevedad que la ocasión demanda, alude a su actitud respecto al problema del nacionalismo, que me parece de especial actualidad y clarividencia.

En un trabajo de 1979 publicado en «Sistema», sobre *Los derechos históricos de Euskadi*, en cuya cordial dedicatoria aludía al «recuerdo de tiempos salmantinos comunes», indicaba Tomás y Valiente: «Desde aproximadamente el último cuarto del siglo XIX, la lucha por la diversificación del Derecho estuvo enmarcada dentro de unos fenómenos mucho más amplios y complejos: los distintos movimientos nacionalistas». Con penetrante sentido histórico se traza en este estudio una certera síntesis de algunos de los principales factores y presupuestos del nacionalismo vasco. Se pone en evidencia, de este modo, que tras la última Guerra carlista, a partir de 1876, nace un primer nacionalismo vasco preocupado por la defensa de la lengua y la raza, así como de la tradición de las formas de vida rurales frente a los inicios de la industrialización. Sabino Arana es un personaje clave en ese proceso nacionalista que se identifica con una aspiración a la independencia política. El fuerismo carlista queda relegado; la burguesía liberal e industrial ya no quiere oír hablar de fueros una vez satisfecha con el concierto fiscal que obtuvo a cambio; y los nacionalistas como Arana anteponen a cualquier consigna foralista la defensa de la lengua, la raza y el aislamiento respecto a todo lo que no tenga el sello de la procedencia vasca.

El primer nacionalismo vasco había germinado en el recinto del fuerismo tradicionalista, y su ulterior decantación hacia un nacionalismo excluyente no podía estar exento «de claros componentes racistas e integristas». Su base social se reclutó al margen de la burguesía liberal y frente a lo que Sabino Arana denominó «la invasión maketa», esto es, la clase obrera de procedencia exterior. Al estudiar el desarrollo ulterior del nacionalismo vasco, Tomás y Valiente indica que al furioso independentismo propio de la primera etapa de Sabino Arana le sucedió una cierta evolución hacia el «españolismo» en los últimos años de su vida (murió en 1903). El PNV, partido fundado por Arana en 1895, osciló entre un

separatismo verbalista, una preocupación dominante por la restauración del alma nacional vasca, largas etapas de decadencia frente al triunfo de partidos burgueses no independentistas (por ejemplo, en los años prósperos de 1915 a 1920) y momentos «españolistas» en los que acaso bajo influencia catalana «buscó fórmulas autonomistas compatibles con la inserción admitida en España».

En su último libro, *A orillas del Estado*, la preocupación por el resurgimiento de determinadas formas de nacionalismo radical sigue ocupando un lugar destacado en la reflexión de Tomás y Valiente. En su opinión, la cultura y la política europeas se hallan abocadas a optar entre dos alternativas contrapuestas: la humanista cosmopolita, de estirpe kantiana, que parte de la dignidad, la autonomía y la no instrumentalización de los hombres libres; y la tradición nacionalista, de signo herderiano, que concibe la nación o el pueblo como entidades colectivas naturales, dotados de espíritu propio, cifrado en esencias irracionales que trascienden los derechos de sus componentes.

Francisco Tomás y Valiente ha confirmado, al precio de su propia vida, el carácter violento, irracional y destructivo de los nacionalismos más radicales. Nunca como hoy se había sentido tan intensamente la exigencia de concebir los valores y derechos de la persona como garantías universales, independientes de las contingencias de la raza, la lengua, el sexo, las religiones o las convicciones ideológicas. Pero como contrapunto regresivo, a los ideales humanistas cosmopolitas se oponen ahora el resurgir de nacionalismos de zafio cuño tribal y excluyente que, como los nacionalismos de cualquier época, han hecho cabalgar de nuevo a «los cuatro jinetes del Apocalipsis»: el hambre, la peste, la guerra y la muerte, en aquellos lugares en los que la barbarie nacionalista ha impuesto su sinrazón.

El nacionalismo constituye un absurdo lógico y ético, no obstante lo cual ha gozado en el pasado y goza en el presente de una amplia aceptación política. Desde el punto de vista *lógico* el nacionalismo representa una de las manifestaciones más burdas de la falacia naturalista (*Naturalistic Fallacy*), que hace referencia a la inconsecuencia lógica que entraña derivar el «deber ser» del «ser»; denunciada por David Hume y expresamente formulada por George Edward Moore. El discurso nacionalista parte siempre de la descripción de una serie de obviedades fácticas: que determinadas personas o grupos tienen rasgos distintivos en función del color de su epidermis, o de sus cabellos, o de los sonidos guturales que emiten, o de su sistema de creencias, apetitos o temores colectivos. Tras estos hechos notorios inmediatamente derivan prescripciones sobre la superioridad de determinadas razas, o el mejor derecho de unas tribus sobre otras. En todo caso, lo que hace de esas derivaciones algo *éticamente* inaceptable es que la apelación a la diferencia tiende siempre a establecer discriminaciones en *favor de* quienes la postulan.

La pugna entre los ideales cosmopolitas, igualitarios y solidarios, propios del universalismo, frente a la reivindicación de la individualidad,

la variedad y la diferencia propias del nacionalismo han tenido repercusiones en distintos ámbitos y contextos de la vida jurídico-política contemporánea. El nacionalismo particularista y discriminatorio choca frontalmente con el ideal universalista que es inherente a la propia idea de los derechos humanos y de un constitucionalismo común de la humanidad. Por eso, el nacionalismo entraña un disvalor moral frente a la valoración ética positiva que merecen otras actitudes para las que la comprobación de diferencias fácticas no legitima la discriminación, sino que las lleva a postular, en el plano del «deber ser», la paridad de trato en función del dato común de la racionalidad, la dignidad o las necesidades de todos los hombres (iusnaturalismo racionalista, humanismo democrático, igualitarismo, cosmopolitismo...).

El trágico asesinato de Tomás y Valiente debiera despertar de su sueño culpable a quienes han mostrado indiferencia o, incluso, complacencia ante el desarrollo de los radicalismos étnicos, los fundamentalismos intolerantes y los nacionalismos excluyentes. Esas ideologías coinciden en auspiciar para el futuro de la humanidad un universo inhabitable: los hombres sólo pueden morir por ellas, mentir por ellas, matar y ensangrentar por ellas. Ha sido preciso llegar al holocausto de Tomás y Valiente y de tantas otras víctimas de quienes pretenden llevar hasta las últimas consecuencias los designios fanáticos de esas ideologías, para que el conformismo cotidiano de quienes han abdicado de sus responsabilidades cívicas se viese agitado por la gravedad del riesgo y la urgencia que revisite su respuesta. Aún es tiempo para una reacción colectiva -las últimas manifestaciones de estos días constituyen un signo esperanzador-, que se sienta heredera del compromiso de Tomás y Valiente por fortalecer el sustrato teórico e institucional del Estado de Derecho. Porque constituiría una cínica paradoja que se lamenten (cuando sea ya tarde) de la incapacidad del Estado de Derecho para hacer frente al desafío de las fuerzas de la irracionalidad y la barbarie, quienes no han contribuido, ni contribuyen, a forjarlo ni a nutrirlo.

Si sabemos proseguir su empeño, el pensamiento de Francisco Tomás y Valiente seguirá vivo entre nosotros. Es fácil conservar esa ilusión porque su magisterio y su ejemplo nos siguen siendo indispensables; y porque, como universitarios, somos del futuro. Por eso, más que una necrología retrospectiva, he querido esbozar una evocación prospectiva, porque seguir a Francisco Tomás y Valiente es seguir hacia adelante.

Consiste en proseguir la fe en los valores de la libertad, la justicia, la tolerancia y la fidelidad al Estado de Derecho, al que Tomás y Valiente sirvió con lealtad y competencia ejemplares, y del que ha sido mártir. El ejemplo cívico y la obra intelectual de Francisco Tomás y Valiente reclaman continuidad hacia su legado político y universitario. Como los mejores, Francisco Tomás y Valiente pudo hacer suya, en su más exacto y profundo sentido, la exhortación del verso machadiano: «Hacedme un duelo de labores y esperanzas».